Hablar, leer y escribir en la escolaridad

Oscar Henao Mejía*

*... Vamos, decime, contame
todo lo que a vos te está pasando ahora
porque si no cuando está tu alma sola, llora.
Hay que sacarlo todo afuera, como la primavera;
nadie quiere que adentro algo se muera;
hablar mirándose a los ojos,
sacar lo que se tiene afuera,
para que adentro nazcan cosas nuevas.*

Es el estribillo de *Soy pan, soy paz, soy más*, una hermosa canción del cantautor argentino, Piero, y que me roba las manos en la guitarra, siempre que se presenta una buena ocasión para cantar con un grupo de amigos. Parece que fuera mi *La universal* de entonación y de sintonía con la necesidad de gritar lo que llevo dentro.

Lo primero es expresar, igual que Freinet y Rodari, que lo esencial en la escolaridad es permitir que viva la palabra. Sorprende como Rodari se pasea en su relato de estrategias para *inventar historias* entre la narración oral, la lectura individual y colectiva y la escritura misma. Toda su contribución se centra en dar amplio espacio a la palabra en las prácticas escolares. Lo primero, pues, es el lenguaje; no importa inicialmente cuál sea la herramienta con la que pueda hacerse explícito.

Sin embargo, me parece entender un hilo, si no cronológico de apropiación, sí de rango en el dominio del lenguaje. Se me ocurre la

* Estudiante de Doctorado, Universidad de Valencia, España. Rector del Liceo Benjamín Herrera, Medellín, Colombia.

secuencia: gestualizar, hablar, leer, escribir. Y creo que aún queda algo pendiente, no considerado todavía en su verdadera dimensión en la escuela: cantar.

Está claro, por la observación reiterada de los investigadores, pero también por las experiencias recogidas en las propias prácticas escolares, que hablar de escritura obliga, atrae y convoca la consideración del lenguaje también desde la oralidad y la lectura. El mismo Cassany advierte en su texto *Describir el escribir* cómo las nuevas teorías de la *escritura como proceso* parten ya de la base de que las estrategias cognitivas que utiliza el usuario de la lengua son las mismas, tanto si escucha como si lee, habla o escribe¹.

Cuando Rodari, por ejemplo, habla de *inventar historias*, no cuida generalmente de señalar su referencia al ejercicio oral, inventando, reconstruyendo y recreando relatos, o a las posibilidades que en las mismas prácticas sugeridas puedan aprovecharse para el desarrollo de la escritura. Creo que sus aportaciones pueden enmarcarse en tres propósitos que enlazados potencian el lenguaje: el de la oralidad creativa -habilidad para inventar y contar historias a viva voz-, el de la lectura creativa, y el de la escritura constructiva.

De la misma manera, me atrevo a expresar que no es posible separar los estadios, los momentos y los objetos con que los niños o los adolescentes se apropian de aquellas tres herramientas. Me parece deducir de las observaciones que hace Freinet sobre los procesos de construcción del *conocimiento-lengua*, que el aprendizaje de las tres herramientas o, mejor, el aprendizaje del lenguaje, es un asunto unificado y sinérgico. Otra cosa es la secuencia en que se hace evidente y se materializa el manejo de aquellas herramientas. Indudablemente, el orden es: hablar, leer y, finalmente, escribir. Pero los elementos para la constitución de cada una de estas ventanas de comunicación se empiezan a insinuar desde el momento mismo en que los infantes encuentran en la gestualidad un recurso para hacer evidentes sus demandas y sensaciones.

Como expresaba Gimeno Sacristán en una de sus clases, estas tres herramientas del lenguaje marcan también tres niveles de dificultad y de

¹ Cassany, Daniel. *Describir el escribir*. Ediciones Paidós Ibérica, S.A., Barcelona, 1996, p. 184.

aproximación al crecimiento humano. Mucha gente habla, unos cuantos leen, y muy pocos escriben. Es claro, sin embargo, que la promoción de la lectura y la escritura en el proyecto educativo escolar no puede eclipsar el ejercicio de la oralidad, más ahora que otros formatos tecnológicos quieren enmudecerla. De hecho, leer y escribir avivan la posibilidad de la palabra, la enriquecen y la potencian. El proyecto educativo tiene que trazar también una política y estrategia explícitas para favorecer el ejercicio de la palabra hablada. La oralidad no puede entenderse allí como una fase para superar por la escritura. Porque, sin el aliento de las palabras se cortan alas al pensamiento y, por consiguiente, a la escritura misma.

Leer

En cuanto a leer y escribir, es más clara la dificultad de referirlos como dos asuntos separados, como dos disciplinas diferentes. Es la enseñanza que deja el bello texto de Emilio Lledó, *El silencio de la escritura*². No es posible leer sin escritura, y la escritura sólo vive y se recrea en el ejercicio de leer. Además, leer en consciencia es un ejercicio paralelo y simultáneo de escritura del propio texto. Son pues dos procesos implicados.

La escuela enseñó a leer como un ejercicio pasivo, como un medio necesario para asumir el acervo cultural y garantizar su continuidad. Pero la verdadera lectura tiene un significado interactivo, y lo que más importa no es lo que informa, lo que transmite, sino lo que sugiere, lo que suscita, lo que permite decir de nosotros mismos y de las representaciones que vamos construyendo.

Por eso, más allá de la comprensión de un texto o de un autor, lo que realmente importa es lo que nos permite decir, el camino, la senda que allí podamos encontrar. Los textos y los autores son válidos, no porque señalan valoraciones, sino en tanto constituyen claves o pretextos para decir otras cosas, en cuanto nos hacen avanzar en elaboraciones propias. Leemos, entonces, no para obtener conocimientos, sino para sacar de allí nuevas reglas que nos permitan construir lo propio. Se lee, no para repetir, sino para avanzar, para encontrar claves de entrada a nuevos

² Lledó, Emilio. *El silencio de la escritura*. Editorial Espasa Calpe S.A. Madrid, 1999.

espacios de comprensión³. Al respecto, escribía Nietzsche en su *Ecce homo*: “En última instancia nadie puede escuchar en las cosas, incluidos los libros, más de lo que ya sabe. Se carece de oídos para escuchar aquello a lo cual no se tiene acceso desde la vivencia”⁴.

Quiere decir que no hay oídos ni ojos para escuchar o ver lo que no está inscrito en nuestra propia historia de vida. Y Lledó expresa: “Cada acto de lectura, de interpretación de lo que pensaron otros, es espejo también de lo que pensamos nosotros⁵. Leyendo hay un ejercicio de desdoblamiento: nos reconocemos en lo que leemos. Hay un fino entramado entre las palabras que recorremos y lo que hemos vivido. Leyendo, vemos mejor lo que hemos visto y prendemos luces para ver lo que para nosotros ha pasado desapercibido. Al leer entramos, como dice Lledó, en el cause del fluir del pensamiento, ese cause que se genera al combinar con el nuestro el lenguaje que trae la escritura y que origina la reflexión y el nuevo pensamiento.

Ahora, la escritura, por sí sola, no agota el pensamiento, no lo expresa en su totalidad. Lo remeda para quien la genera y, más, para quien la interpreta. En mucho, lo que se hace al leer es asumir el pretexto para construir el propio pensamiento, que no es otra cosa que continuar la escritura, porque “no hay texto realizado”⁶. A cada tiempo y a cada escena el texto despierta con los ojos y la mente que lo recorren. Y un buen texto siempre dirá algo nuevo. Seguro que hoy no leemos el mismo *Quijote* que escribió Cervantes. La obra clásica de la lengua castellana tiene ya unas dimensiones que el mismo escritor no sospechó. Las antiguas *Tragedias* de Esquilo siguen diciendo cosas nuevas. Shakespeare no pudo sospechar todo lo que se ha dicho y escrito sobre su *Hamlet*. Y, en otro formato de escritura, ¿por qué seguimos escuchando con fervor y pasión los *Conciertos de Brandenburgo* de Bach o la *Quinta Sinfonía* de Beethoven?. La razón no es otra: Son nudos de sentido, fluir dionisiaco, -diría Nietzsche-, siempre tienen algo nuevo para decir o para insinuar.

A finales del año 2000, me sorprendió una pintora valenciana, Aurora Valero, observando detenidamente sus pinturas -otro formato de

³ Martínez Bonafé, Jaime. Trabajar en la Escuela. Miño y Dávila Editores, Madrid, 1999.

⁴ Nietzsche, Federico. *Ecce Homo*. Alianza Editorial S.A., Madrid, 1971, p. 57.

⁵ Lledó, Emilio. Op. cit. p. 156.

⁶ *Ibidem*, p. 160.

escritura-, expuestas en el Palau de la Música de Valencia. En las palabras que nos cruzamos por unos minutos, le hice la observación de cómo insinuaba la figura humana en sus óleos, abiertamente abstractos. Se sorprendió que le hablara de la figura humana en aquellos trabajos. Tuve que llevarla, entonces, a que viera desde otra perspectiva lo que ella misma había pintado o, posiblemente, lo que yo como lector había recreado a partir de sus pinceladas. Por eso Lledó habla del “pozo sin fondo de la escritura”⁷.

* Leer: un ejercicio de libertad

Es la razón por la que el acto de leer tiene que ser un ejercicio desde la libertad y la autonomía. Me comunico con quien quiero y deseo. De ahí lo absurdo de obligar lecturas señaladas o de someter su comprensión a camisas de fuerza. Señalar para esta pretensión instrumentos o procedimientos estrictos y estereotipados no es más que sesgar la infinidad de mundos que pueda abrir un texto, limitar la creación y la fantasía que pueda desatar. ¿Qué puede suscitar una lectura obligada o restringida? Sólo fatiga, fobia y rabia. Sorprende las estrategias diversas que usualmente utilizan la escuela y los maestros para *enseñar a leer*, generalmente dañinas, todas ajenas a la motivación, al antojo, a despertar el deseo. Se obliga a sacar resúmenes, los personajes, las *ideas principales* y las *ideas secundarias*, contexto histórico, etc.

Alguna vez encontré a uno de mis hijos angustiado frente a un hermoso cuento de Tolstoy, pescando gerundios y participios. Y el sabor del cuento nunca llega, sólo el horror del examen. Qué distinto sería el papel de una escuela y de un maestro que median respetuosamente, que proponen, que invitan, que antojan, que encienden luces y muestran diversas opciones y caminos.

Por eso la necesidad, también, de denunciar y desmitizar el fetichismo *intelectual* que se promueve desde la academia o desde los medios. En atención al código de libertad y autonomía, es preciso ser irreverentes con los autores de moda. Las academias, el Estado y la publicidad fetichizan permanentemente, señalan, avalan, *dan la bendición* o descalifican, incluyen y excluyen, agrandan y minimizan, colonizan

⁷ Ibidem, p. 155.

nuestros gustos e intereses, nos ponen a leer *best sellers*. Pero, la verdad es que, con los mismos autores que realmente nos puedan aportar, el fetichismo nos distancia. “No se respeta suficientemente el esfuerzo de pensar cuando se fetichiza a los pensadores”⁸.

Y, porque la lectura es un ejercicio interactivo, hay que romper la distancia con los textos, hay perder los escrúpulos con los libros. Es muy importante leer y rayar, poner notas sobre las márgenes; para decirlo mejor: leer y escribir, dialogar con la escritura, cruzar palabras con la escritura. Porque eso es lo que uno hace cuando se acerca a un buen libro, va recorriendo sus propios caminos, sus creencias, va afinando sus saberes. Un buen texto y una buena lectura obligan a escribir. Siempre hay algo para agregar. Claro, si no estoy para dejarme tocar, nada me llega y nada tengo para escribir. Hay personas muy escrupulosas al manipular los libros; los quieren conservar como nuevos. He llegado a escuchar que es de *mala educación* rayarlos.

Escribir

Indudable que en la gama *hablar-leer-escribir*, este último tramo es el más complicado, pero también el que más oportunidades de crecimiento humano conlleva. Además de las dificultades que es preciso saltar en el manejo del lenguaje, el obstáculo grande para enfrentar es el temor. Porque al escribir uno se enfrenta consigo mismo, con lo que comprende, con lo que siente, con lo que vive; se enfrenta, no sólo con lo que conoce, sino también con sus creencias, con sus valores, con sus paradigmas, emociones, con la intuición, con la fantasía. En suma, escribir es entrar a un mundo complejo, muy distante de la supuesta comodidad que nos oferta la realidad que está al alcance de nuestros primeros cinco sentidos. Cuando se escribe no se hace más que zarandear en la plena consciencia nuestras propias vidas.

Tácitamente, hoy todos leemos. Porque los formatos no se limitan ya al alfabeto ni al libro. La nueva sociedad de la información, el nuevo entorno, nos entregan permanentemente modos, cada vez más novedosos y fascinantes, para leer, generalmente sin ningún esfuerzo por parte

⁸ Bourdieu, Pierre. *Capital cultural, escuela y espacio social*. S. XXI Editores, México, 1998.

nuestra. Para ignorarlos, tendríamos que taparnos los ojos y los oídos. El problema es que, como advierte, Foucault, esos formatos van transformando también nuestras subjetividades, en la medida que los asumimos pasivamente, que nos dejamos permear⁹.

* La escritura es creativa

La lectura, en el mejor de los casos, es comprensiva, pero la escritura es creativa. Por eso su valor formativo no tiene comparación. El hecho realmente productivo está en la escritura, que nos obliga a ordenar, a priorizar, a pensar, a mirar a distancia, no sólo lo que hemos leído en los libros, sino también lo que nos ha llegado a través de los nuevos formatos, en la prensa, en la T.V., en el cine, en la red y, primordialmente, los aprendizajes que vamos tejiendo con el trajinar de nuestras propias vivencias.

En la escuela, sin embargo, reducimos el aprender a escribir al manejo mecánico del alfabeto, de las palabras; cuando más, al manejo de la gramática. Se nos queda en el baúl el juego simbólico. Por eso, cuando salimos de la escolaridad frenamos también la escritura. De alguna manera, era un asunto tan ilógico, tan falto de sentido, tan desconectado con los propios intereses, con la vida misma, como ese mecánico deglutir paquetes de enseñanza.

Y lo más absurdo, ¿cómo llegó la escuela a castigar con la escritura?, ¿cómo logró transformar el camino de la libertad en sendero de tortura?. A todos nos tocó en algún momento de nuestra escolaridad *escribir cien veces* cuantas retahílas se le ocurrían a *ingeniosos* maestros para despertarnos la fobia por la escritura.

Otras escuelas, desafortunadamente muy pocas, van en *contracorriente*¹⁰ y acogen la oportunidad que ofrece esa franja de la niñez y la juventud, ese momento en que las manos y las mentes están más blandas y pueden aventurarse con mayor espontaneidad en la escritura.

⁹ Foucault, Michel. Estrategias de poder. Paidós, 1999.

¹⁰ Martínez Bonafé, Jaume. Op. cit.

Es la disciplina y la disposición que creo hay que formar en los jóvenes escritores, la postura *constructiva*. Luego serán ellos mismos los que consigan mirar sus escritos, también con una actitud crítica, de lector reflexivo. Por lo pronto, en la escolaridad el maestro pone el otro ojo. Porque muchas veces ocurre también -por supuesto que nos pasa igualmente a los docentes- que los alumnos escriben distinto de cómo han pensado. Alguna vez, en una de mis clases, le pedía a una de las niñas que leyera en voz alta uno de sus poemas, simplemente para hacerle entender que lo escribía diferente de como lo había pensado.

Sin embargo, hay palabras, frases, a veces fragmentos amplios, que basta pensarlos una vez y escribirlos. Hay palabras y figuras tan consistentes que no nos dejan duda alguna, que son imposibles de modificar, así no las haya escrito un experto en el manejo del lenguaje. Son palabras o pequeños textos que vuelan y crecen por sí mismos, que dejan un horizonte despejado de significaciones. Cuando mi alumno Danny Palacio dice: "*Los poetas son la voz del mundo. Escriben, mientras el mar despierta bajo amplios rayos de sol*", yo no encuentro ninguna palabra, ningún giro, que pueda cambiar. Simplemente, me parece un verso hermoso, así lo haya escrito un muchacho de tercer curso de básica secundaria. Y quisiera yo, *su maestro*, poder escribirlo con tal acierto. A veces, un verso o una frase son suficientes, y lo que haríamos agregándole nuevas palabras no sería otra cosa que arruinar su hallazgo. Vuelvo con mi amigo Nietzsche: ... "mi ambición es decir en diez frases lo que otro dice y no dice en un libro"¹².

¿Qué es entonces escribir?

Si escribir en su más loable dimensión no es un acto mecánico ni instrumental, si no es un mero ejercicio de transcripción del habla, si no basta con entenderlo como dominio de una herramienta funcional -valoración legítima, pero no suficiente-, ni siquiera como una habilidad para construir correctamente o expresar frases bellas, ¿qué es, entonces?

Escribir es otro asunto. Es construir, hacer una historia. Escribir es abrir la ventana personal. Es tomar la pluma para dibujar e interpretar un

¹² Nietzsche, Federico. Citado por Blanchot, Maurice. Nietzsche y la escritura fragmentaria. Revista Eco, Nos. 113-115, Editorial ABC, Bogotá, 1969, p. 705.

mundo desde la propia subjetividad, desde las propias experiencias, desde las particulares perspectivas. Escribir es abrir otras vetas en el itinerario personal; es trascender las imágenes hechas que hemos heredado del hombre y del mundo, los grandes relatos que se nos quiere entregar desde la lectura señalada. Escribir en libertad da el pasaporte para inventar y recrear. Escribir es un ejercicio en el que nos permitimos disentir y saltar los códigos que históricamente se nos ha querido imponer. Escribir nos permite transgredir la verdad señalada, la igualdad que nos rasa, el estereotipo, el paradigma que parecía incuestionable.

Escribir rasga la coraza que calla los sueños e iguala el horizonte. Quien escribe se confirma en el mundo del inacabable asombro y abraza el ámbito de lo simbólico, del sueño, de la imaginación, del deseo, de la fantasía. Escribir es una puerta amplia para entrar al universo, a lo plural, a lo múltiple.

Escribir, como pocas tareas del ser humano, evidencia el compromiso personal con la vida, con la historia propia y colectiva. Porque quién escribe piensa en voz alta y construye hilos de conversación con otros; abre la puerta para que sea cruzada por otros. Quien escribe asume un código trajinado colectivamente para llegar a otros, para ver con más de dos ojos, para trascender más allá de la propia nariz.

Y sobre todo, porque quien escribe asume la aventura de sumergirse dentro de sí, para descubrir ese personaje tan ajeno generalmente a la propia historia: uno mismo. "El misterioso acto de escribir con libertad es uno de los métodos de conocimiento más sorprendente"¹³.

Sabemos que la poesía, particularmente, toca puertas en el ser humano que nos permiten entrar a espacios de profundos significados, de emocionantes encuentros consigo mismo y con el entorno social. La poesía es el lazarillo que nos conduce al encuentro inusitado y maravilloso por excelencia, a nuestra propia vida, a paladear nuestro propio camino, a *rumiar*, como expresaba el filósofo colombiano Fernando González, nuestros propios pasos.

Y cuando uno se reconoce a sí mismo, cuando entiende y saborea sus pasos, está habilitado para entender el mundo y sus congéneres, está

¹³ Guerrero, Arturo. La alquimia de la escritura. Artículo publicado en el periódico El Colombiano, Medellín, Colombia, 1995.

habilitado para descifrar los códigos colectivos. Cuando uno enciende una luz en su propio interior, ilumina toda la bóveda del universo.

¿Para qué la escritura?

*Un poema no cambia la histeria de la historia
pero transforma la frialdad de un corazón¹⁴.*

Se decía en el curso antes mencionado de Gimeno Sacristán que nacemos dos veces: la primera a la vida, y la segunda a la cultura y a la sociedad. Creo que hay que nacer una tercera vez. Y ese nacimiento nos lo da la escritura con sello propio. Hay que nacer al sujeto libertario, a la expresión propia, a la autonomía, a la propia identidad. Es el parto más complicado y, posiblemente, el más doloroso. No es lo usual nacer por tercera vez. Por el contrario, son más los que pasan por la vida como los habitantes de *Luvina*, que ... “se murieron sin que les hubiera pasado nada”¹⁵.

La escritura, con mucho más propiedad que la lectura, exige el ejercicio de la reflexión, esto es, volver sobre sí mismo, dialogar consigo mismo, distanciarnos de lo que hacemos y, por consiguiente, permite construir un pensamiento propio. La escritura entrena el pensar, es la vía para zarandear y transformar ese *sujeto* al que nacemos en la cultura y en la sociedad, encara con el *sí mismo*. La escritura nos rescata de los *grandes relatos*, los relatos universales que deifican o nos hacen multitud. La escritura clausura las respuestas sublimes que explicaban la vida, el mundo, la ciencia y el fenómeno humano, derrite todas las seguridades, todas las rutas claras, los pensamientos acabados, las respuestas perennes. Porque, ... “lo único perenne es el preguntar”¹⁶.

La escritura, como la página en blanco, nos pone en el punto de partida para crear y re-crear nuestra propia historia. El acto de escribir es también la decisión de responder preguntas que nos hemos formulado, posiblemente, no para encontrar respuestas, sino para crecer en la

¹⁴ Barrientos, Héctor, director de uno de los talleres de escritura del Liceo Benjamín Herrera de la ciudad de Medellín, Colombia. En: “Versos de la piel”, escrito por los alumnos de este centro. Imprenta Departamental de Antioquia, Medellín, Colombia, 1999.

¹⁵ Rulfo, Juan. El llano en llamas. Ediciones Cátedra, S:A., Madrid, 1985, p. 119.

¹⁶ Ledó, Emilio. Op. cit. p. 35.

confusión, para desatar nuevos interrogantes. En suma, escribimos para desarrollar una filosofía propia.

Pero, más allá de desarrollar ese pensamiento propio, de nacer de nuevo, lo grandioso en la escritura es que se convierta en puente para llegar a otros, que se convierta en instrumento para comunicarse. "No se escribe desde la nada ni para nadie"¹⁷. Es el paso gigante a lograr con los alumnos. Un cuarto tramo, entonces: hablar, leer, escribir, y escribir para otros. Porque también es una decisión difícil entregar la intimidad, desbordar la experiencia. Pero sólo cuando el proyecto educativo consiga abrir esta ventana en los alumnos podrá rescatar a la escuela de la supuesta ilegitimidad que hoy la descalifica, porque habrá puesto en sus manos una herramienta de privilegio para afianzar su identidad en un marco de colectividad solidaria.

Temas concisos, posibilidades amplias

Algunos autores, tal es el caso de Simon Certner y Murray Bromberg¹⁸, sugieren que los temas propuestos como ejercicio de redacción a los alumnos contengan el mayor número de detalles, arguyendo que más completo sería su desarrollo y análisis.

Por algún motivo, como se ha visto, me agrada cruzar en estas pesquisas ciertas similitudes con la creación musical. Es posible que parte de las razones a mi recurso inconsciente la tenga Nietzsche en el *Origen de la Tragedia*, en la que le parece entender la cuna de toda apariencia, del hombre mismo, en el *espíritu de la música*. "¿Y qué es el hombre, sino una disonancia hecha carne?"¹⁹, se pregunta. Pero volvamos a la semejanza que antes quería establecer: Los grandes compositores de la música - Beethoven y Bach- han hecho sus obras grandiosas e inmortales a partir de temas constituidos por muy pocos elementos. A un compositor y musicólogo chileno, Mario Gómez Vignez, le escuchaba en algún momento al respecto, que, cuando los temas son muy amplios, se agotan en sí mismos.

¹⁷ Gimeno Sacristán, José. Poderes inestables en educación. Morata, S.A. Madrid, 1998, p. 12.

¹⁸ Certner, Simon y Bromberg, Murray. Haga que sus alumnos escriban mejor. Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, México, 1968, p. 52.

¹⁹ Nietzsche, Federico. Origen de la Tragedia. Espasa-Calpe, S.A., Madrid, 1969, p. 142.

El tema inicial y nuclear del primer movimiento de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven, sólo tiene dos notas musicales. Pienso que lo mismo podría ocurrir con la composición de la escritura. Los temas concisos y simples de Bach o de Beethoven producen en la creación musical un efecto semejante a aquel que, con relación a la escritura, narra Rodari, al describir el recurso que se puede potenciar desde los múltiples sentidos que puede evocar una sola palabra. Recurriendo a la metáfora de *la china en el estanque*, escribe aquel investigador:

Una china tirada a un estanque suscita ondas concéntricas que se extienden sobre su superficie, involucrando en su movimiento, a distancias distintas, con distintos efectos, al nenúfar y al junco, al barquito de papel y a la balsa del pescador. Objetos que se mantenían a su aire, en su paz o en su sueño, son como reclamados a la vida, obligados a reaccionar, a entrar en relación entre sí. Otros movimientos invisibles se propagan en profundidad, en todas las direcciones, mientras la china en su caída remueve algas, espanta peces, provoca siempre nuevas agitaciones moleculares. Cuando al fin toca fondo, subleva el barro, empuja los objetos que yacían allí olvidados, desentierra a algunos, otros acaban recubiertos por la arena...²⁰

A propósito, recuerdo con enorme gratitud la experiencia con mi profesor de literatura en el bachillerato. Dentro de la misma jornada de estudios teníamos semanalmente dos horas para *hacer la tarea*, según el día de la semana, de química, física, matemáticas, latín o literatura. Esperábamos con especial expectativa el día que nos correspondía escribir. De pronto, entraba Rigoberto en el enorme salón donde estábamos reunidos los seis grados, y en voz alta decía cosas como estas: Para los de quinto grado: “*Las columnas no sostenían el edificio*”, o , “*Dígame que no me esperen*”, “*Pase Don Ramón*”, “*Otros viven bajo los puentes*”, etc. Y sabíamos que esa era la única información para empezar a escribir un mínimo de tres páginas que debíamos entregar dos horas después. Cuántas cosas nos pasaban por la mente. Cuántos caminos se nos ocurrían para seguir la senda de esas motivaciones personales que sólo

²⁰ Rodari, Gianni. Gramática de la fantasía. Editorial Aliorna S.A. Barcelona, 1991, p. 13.

necesitaban un pretexto, una primera frase, a veces sólo una palabra, para mostrarse. Todavía guardo en el cajón de mis cosas más entrañables esos cuadernos, todos con notas de corrección, en los que hice mis primeros pinos de escritura.

Y termino estas líneas refiriendo un poema escrito por Jenny Vanessa Martínez, alumna en una de mis clases de educación secundaria.

Silencio.

Baúl donde se esconden las palabras.

*Bulla de nostalgia,
palabras escondidas,
palabras prohibidas.*

*Grito infinito,
desconocido y...
sin camino.*

Escribía en el marco inicial de estas páginas sobre la importancia de *dar la palabra* en la escolaridad, de buscar todas las posibles estrategias para que los alumnos se adueñen de ella. Desafortunadamente, estos versos de Jenny Vanessa se acercan mucho a lo que la escolaridad tradicional suele practicar. La escuela no deja decir, ni escribir, ni cantar; no da la palabra, no libera la palabra. Por el contrario, ha tapado la boca, ha callado muchos sueños, muchos proyectos, y ha hecho del silencio una virtud. Para la escuela tradicional, en su generalidad, los mejores alumnos han sido los más callados, los más *formales*, los que no hacen ruido. Las *clases ejemplares* han sido las más silenciosas, aquellas en las que puede circular sin interrupción *el conocimiento*, en las que hay un profundo y ceremonial respeto por la palabra del maestro. *¡Qué muchachos tan aplicados!*, le escuchamos decir al inspector que está de visita.